

## CAPITULO XV.

### Batalla del Cinco de Mayo.

Todos los años se celebra en México con gran pompa y ostentosa parada militar, el aniversario de un famoso acontecimiento, la batalla del Cinco de Mayo en que el ejército mexicano, al mando del General Zaragoza, derrotó al ejército francés frente á los muros de Puebla el año de 1862. Este acontecimiento es mirado por el pueblo mexicano, con toda justicia, como uno de los más brillantes episodios en la guerra de intervención.

Cuando llegaron á la capital las noticias del ataque de los franceses contra Orizaba, se produjo excitación inmensa. Indignación, temor, esperanza, gusto; todas estas pasiones humanas se veían retratadas en los semblantes. Los liberales creían que les sería posible derrotar á los franceses como habían derrotado á los conservadores; la Iglesia hacía paces por el buen éxito de los invasores, quienes prometían restaurarla en todos sus primitivos derechos, privilegios y propiedades, que se le habían arrebatado por el decreto de nacionalización de la propiedad eclesiástica y por la limitación que en el poder del clero había impuesto el partido liberal bajo la dirección de Juárez; los indiferentes, temían y esperaban á la vez, y no sabían en definitiva qué hacer. Por todos lados se oía hablar de conspiraciones y guerra. En los mesones, en las fondas, en los hoteles y en las plazas públicas, hombres y mujeres no hablaban de otra cosa que de la venida de los franceses. A pesar de que eran tiempos aquellos en que el pueblo mexicano estaba acostumbrado á la guerra, la incertidumbre á que daba lugar la entromisión de los franceses se reflejaba en la actitud de mucha gente, que en otras ocasiones siempre había acostumbrado determinar sus ideas y manifestar sus simpatías sin vacilaciones de ninguna especie. Circulaban por donde quiera relaciones, industriosamente regadas por los



GENERAL IGNACIO ZARAGOZA.



liberales, acerca del carácter salvaje de los invasores y de actos bárbaros cometidos por ellos; lo que había producido entre las masas gran aversión y profundo temor á los franceses.

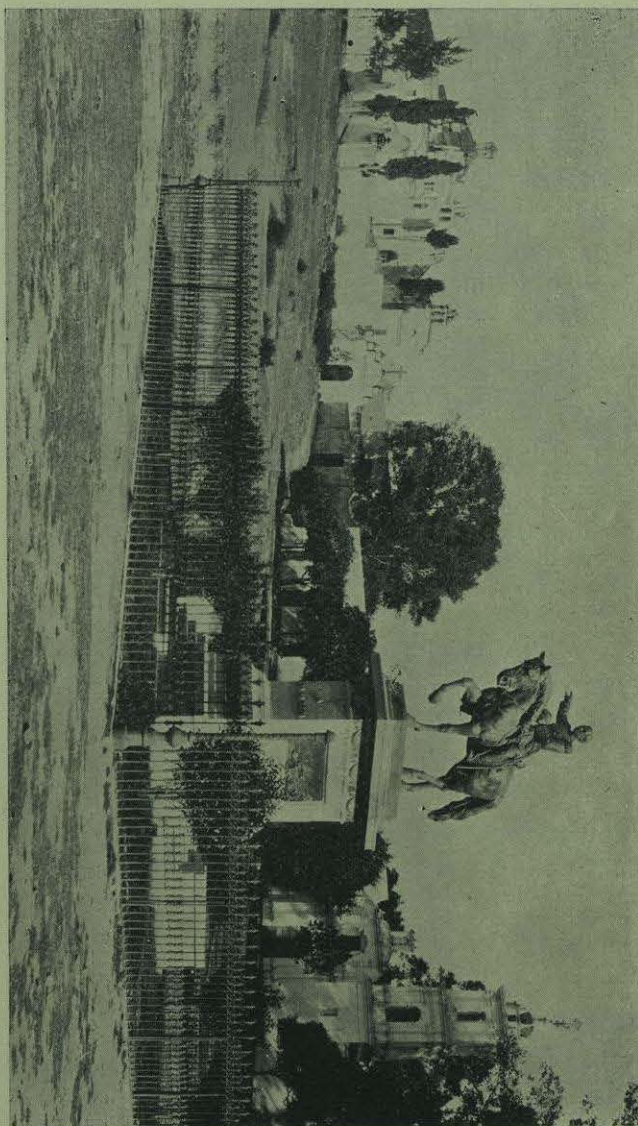
En la capital de la República se podían encontrar en esos días todas las faces de la vida política de la Nación en esa época histórica. Estaban los liberales genuinos, que no transigían en lo absoluto con los invasores; los anticlericales, que no veían nada bueno en todo lo que se refería á la Iglesia ó al clero, con cuyos despojos—las propiedades que les habían sido confiscadas—se habían hecho ricos. Estaban también los sacerdotes que en sus sermones exhortaban á las masas á sostener á la Iglesia y á los franceses, pues estos últimos prometían libertar á la primera de las restricciones é indignidades que le habían sido impuestas por el partido liberal. Se encontraban también los influyentes conservadores, que industriosamente conspiraban en restaurants y cafés contra la independendencia de su propia patria, la que se proponían entregar en manos del invasor extranjero; á tal grado llegaba su odio por los liberales! Estaban también los soldados veteranos de Santa Ana: Miramón y Zuloaga, debilitados por la edad, las fiebres contraídas en los campamentos y los demás accidentes de la guerra, pero siempre tramando sin descanso por conseguir la restauración de los principios conservadores y el semi-imperialismo que este partido sostuvo durante el último término de su administración. Todos éstos que hemos mencionado, eran los factores activos en la vida de la capital.

Había otro factor, un factor silencioso, pero que no era menos de temer; y era la gran masa de la clase baja que llenaba la ciudad: pobres, medio hambrientos, ignorantes, viciosos, fácil presa de las promesas de cualquier politicastro que quisiera explotar sus pasiones y sus irracionales prejuicios. Y abundaban los explotadores, los ladrones, los asesinos y salteadores, los guerrilleros y los cabecillas de partido. Y todo este cúmulo de pasiones, prejuicios



y ambiciones, toda esta inmensa masa social había sido removida y lanzada á la vida activa con la noticia de la llegada de los franceses á Puebla.

Juárez pulsaba continuamente los sentimientos de la Nación: las líneas telegráficas se mantenían ocupadas de día y de noche con los mensajes que constantemente iban y venían del ejecutivo central á los jefes del ejército liberal. Era como una gran partida de ajedrez, en que el Indio Silencioso jugaba sus piezas con la gran calma exterior que siempre lo había distinguido en las más difíciles y penosas circunstancias de la vida. La misma capital estaba llena de posibilidades de peligros y complicaciones, que podían surgir cualquier momento y anonadarlo á él y á su partido. Pero arregló su conducta como antes lo había hecho durante más de dos años de ansiedades políticas, y dedicó toda su atención á la mejor manera de hacer frente á las dificultades políticas y militares de la situación, pues no había ya la menor esperanza de arreglarse amigablemente con los invasores. Desplegó en esta ocasión el Presidente su inmensa capacidad para el trabajo, y manifestó una familiaridad grande con todos los detalles de la campaña, las condiciones de las fuerzas francesas y los movimientos de las varias partidas de conservadores que habían surgido como por encanto, y hostilizaban la retaguardia y los flancos del ejército; como si la existencia del país dependiera del éxito del invasor, que venía á poner á México bajo el dominio de Napoleón III para satisfacer la ambición que este monarca tenía de poseer tierras allende el Atlántico. Tan-ta vigilancia ejercían el Presidente y sus colaboradores, que aunque la capital estaba llena de simpatizadores de los reaccionarios que no aguardaban sino la llegada de los franceses ante los muros de la ciudad para levantarse en cuerpo y darles la bienvenida, nadie se atrevía á manifestar sus simpatías, ni menos á sublevarse contra el Gobierno liberal dentro de la ciudad. El batallador partido reaccionario, que tan duros golpes había asestado antes á sus enemi-



MONUMENTO AL GENERAL ZARAGOZA, PUEBLA.



gos, y que en más de una ocasión había obtenido el triunfo, estaba materialmente de rodillas rogando á Dios por el éxito de los invasores, en quienes había puesto todas sus esperanzas para el futuro.

Mas no debe culparse muy duramente á los conservadores por esta actitud. Probablemente eran ellos tan patriotas como los liberales, pero veían las condiciones sociales y políticas del país bajo distinto punto de vista. La lucha implacable de los partidos, la falta de fe manifestada por tantos guerreros y jefes de facciones, la intensa animosidad que existía, el inmenso abismo, aparentemente tan infranqueable, que separaba á liberales y conservadores, el estado desesperado de anarquía en que había sumido al país esta guerra civil, la más terrible de cuantas habían azotado á México, hacía á muchos pensadores creer con la mayor buena fe, que no había más esperanza para la salvación de la nación mexicana que la intervención extranjera. Luchaban por encontrar un punto de apoyo, alrededor del cual se pudieran situar todos los ciudadanos buenos y sinceros, y haciendo á un lado toda clase de diferencias, trabajar unidos por la reconstrucción y felicidad de su país. Era el mismo sueño de los tiempos de Iturbide y su imperio: y estaba destinado á convertirse desde sus principios en aire vano; pues las instituciones monárquicas de Europa nunca han sido compatibles con el espíritu de libertad y democracia que ha infiltrado siempre la atmósfera de las Américas. Muy cierto es que estas dos condiciones vitales del republicanismo, estos dos símbolos propios de un pueblo libre, inteligente y capaz de gobernarse, han sido mal comprendidos ó más bien burlados en la mayor parte de los países de la América Latina; pero no obstante, son los ideales de todos los pueblos de América y la meta hacia la cual todos ellos se dirigen. América por lo que se ve, está destinada á ser incubadora de naciones libres; pero las está formando á fuerza de gran labor y muchas penas. Visionarios muchos han batallado y luchado hasta la muerte por



conquistar instituciones libres y hacer soberanos á los pueblos en todos los países de la América Latina, sin realizar que los mismos pueblos no estaban, ni están aún capacitados para comprender los ideales de sus campeones. Estos idealistas se han esforzado por poner sus países al mismo alto nivel de las naciones más avanzadas de Europa y América, olvidando que no es posible en ninguna nación la existencia de libertades políticas é instituciones libres, si sus pueblos no se las han conquistado durante largos períodos de preparación y prueba. En todas partes de la América Latina se encuentran hoy de estos ilusos por millares, y siempre tan activos como se los permiten las condiciones de sus respectivos países.

Sus métodos y sus aspiraciones son con frecuencia errados, vistos desde el punto de vista sociológico; y las más de las veces hacen más daño que provecho; son generalmente una espina molesta para los gobiernos de carácter más ó menos práctico; pero ellos representan ese espíritu de libertad que ha existido siempre en las Américas en medio de las luchas civiles, del caciquismo desenfrenado y de las dictaduras egoístas con su cortejo de corrupción y de males sociales y políticos.

Así, pues, la misma capital de la Nación estaba desgarrada por pasiones encontradas y á manos de ambos partidos políticos que estaban dispuestos á continuar su obra de destrucción, cada cual en beneficio únicamente de su propio partido ó facción. Ahora todas las miradas se dirigían hacia Puebla, que tendría que ser el teatro de la lucha gigantesca entre los principios de autonomía y monarquismo, de la implacable contienda entre los que habían perdido la fe en la habilidad del país para manejar sus propios asuntos y aquellos que aún creían que la soberanía del pueblo debía triunfar con el tiempo, y que eran preferibles los peores males que pudieran aquejar al país, que volver prácticamente á las mismas condiciones de colonia, para libertarlo de las cuales, habían peleado sus antecesores durante más diez años.

Y mientras que todas las miradas se dirigían hacia Puebla, Francia se preparaba á extender su dominio sobre la tierra de los Moctezumas, si no en la apariencia, sí en la realidad; pues cualquier príncipe que se colocara en el trono de México, no podía hacerlo sino con el apoyo de los franceses, de quienes dependería políticamente por la influencia de su poder y por reconocimiento. Y mientras que estos preparativos continuaban, la animosidad y antagonismo que separaba á liberales y conservadores llegaba á su período álgido, de tal modo, que ya no era posible que pudieran transigir. Los liberales miraban á los conservadores como traidores, que ponían á su patria en manos del extranjero en beneficio de sus propios intereses y los intereses de la Iglesia; mientras que los conservadores culpaban á los liberales de todas las desgracias que habían venido sobre el país, por haber abandonado los principios religiosos de sus padres y haber atacado lo que siempre se había respetado en los países latino-americanos. Se les acusaba de voracidad y corrupción, y de llenar sus propios bolsillos con los productos de los bienes confiscados á las autoridades eclesiásticas. Con semejante divergencia de opiniones no había posibilidad de que un partido apreciara la posición tomada por el otro. Era una lucha á muerte, y como toda lucha de esa clase, tenía que ser peleada hasta el final. O se mantenía la constitución de 1857, no como la norma de conducta del gobierno, sino como el símbolo de las aspiraciones del partido liberal, ó México volvería al gobierno de monarcas, del cual no hacía mucho se había libertado, después de una de las luchas más heroicas que registra la historia.

Y así, todas las miradas, como hemos dicho, se dirigían hacia Puebla, donde aparentemente se tenía que decidir la suerte de los dos partidos contendientes, de la soberanía política del pueblo y de los intereses de la iglesia. En la capital de la nación, donde convergían todos los intereses, el sentimiento de ansiedad había llegado al rojo vivo, y de día y de noche



se veían las calles llenas de gente de todas las clases sociales en espera de noticias del teatro del conflicto.

Entre tanto Puebla se preparaba rápidamente para la lucha que no había medio de evitar.

En la noche del 3 de Mayo el ejército francés acampó en Amozoc, al este de Puebla y sobre el camino real de Veracruz. Tenían la ciudad á la vista: y durante la noche y todo el día siguiente, los exploradores informaron al General Zaragoza de sus menores movimientos, ocupándose este jefe en fortificar la ciudad amenazada, para poder resistir un sitio ó un asalto. El 3 de Mayo en la noche, Zaragoza, presidiendo una reunión de sus oficiales, expresó su determinación de hacer la mayor resistencia posible á los invasores. Admitió que la oposición hecha entonces por el ejército mexicano á los franceses no había sido grande, y urgió la necesidad que había de hacer una resistencia tan fuerte como fuera posible, para salvar el honor nacional y dar tiempo al gobierno de prepararse para la terrible lucha que tenía delante. Declaró que era vergonzoso y humillante que un ejército pequeño de invasores extranjeros, insignificante comparado con los ocho millones de habitantes que tenía la República, se le permitiera marchar prácticamente sin hacerle oposición alguna desde Veracruz á las tierras altas; y concluyó urgiendo vehementemente á todos los presentes á que se resolvieran á pelear hasta morir en defensa de su patria y del honor nacional. La escena fué memorable; pues los oficiales, entusiasmados por la elocuencia y ardor patriótico de su jefe, prometieron arrojar á los franceses de frente los muros de Puebla. Esa escena nocturna del 3 de Mayo de 1862 tuvo mucha influencia en el éxito de la famosa batalla del Cinco de Mayo, que comenzó treinta horas después y terminó con la retirada de los franceses de las alturas á aguardar suficientes refuerzos.

Antes del alba, en la mañana del 5 de Mayo, Zaragoza y sus oficiales estaban en pie y ocupados en distribuir las fuerzas dentro de la ciudad para fortale-



GENERAL FELIPE BERRIOZÁBAL.



cer las líneas de defensa, y al mismo tiempo facilitar la rápida movilización de un punto á otro de batallones y brigadas, según la necesidad lo requiriera durante el esperado ataque contra la ciudad; el cual, informaron los exploradores, debía tener lugar esa misma mañana. Las posiciones más fuertes en los alrededores de la ciudad se guarnecieron con las pocas fuerzas que se pudieron segregar de la ciudad sitiada, quedando el resto de las tropas disponibles de guarnición en la plaza militar, dentro de los muros.

Al noroeste de Puebla hay una larga línea de colinas bajas, y entre ellas había dos que reunían las mejores condiciones para desde allí poder ofrecer fuerte resistencia al enemigo. En la cima de un monte de la extremidad oriental de esta línea estaba situado el fuerte militar de Guadalupe, delante del cual, hacia el norte, había una línea de canteras de piedra y una extensión de terreno accidentado: al noroeste, y á una distancia de doscientas varas, estaba la vetusta iglesia de Loreto, sobre la colina del mismo nombre. Siendo este edificio de construcción sólida, había sido convertido en fortaleza. Entre estos dos puntos fortificados se situó la brigada de Toluca al mando del General Felipe Berriozábal. Al este de la ciudad, frente de la Plazuela de San Román, estaba la ladrillera de Azcárate, al final del camino antiguo de Veracruz, el cual la ponía en comunicación con la puerta de Amozoc. Este punto, por consiguiente, quedaba directamente frente á las posiciones francesas y se esperaba, como es natural, que fuera de los primeros atacados; por lo que se encomendó su defensa á la división de Oaxaca al mando del General Porfirio Díaz, quien se había ya distinguido tantas veces en las circunstancias más críticas.

A la izquierda de Díaz, entre él y el fuerte de Guadalupe y cubriendo toda la línea de distancia, se colocó la brigada de San Luis, cuya caballería se destacó para destinarla por otro lado, y la derecha de la ladrillera la defendían los lanceros de Toluca y de San Luis, guardias montados al mando del Coronel



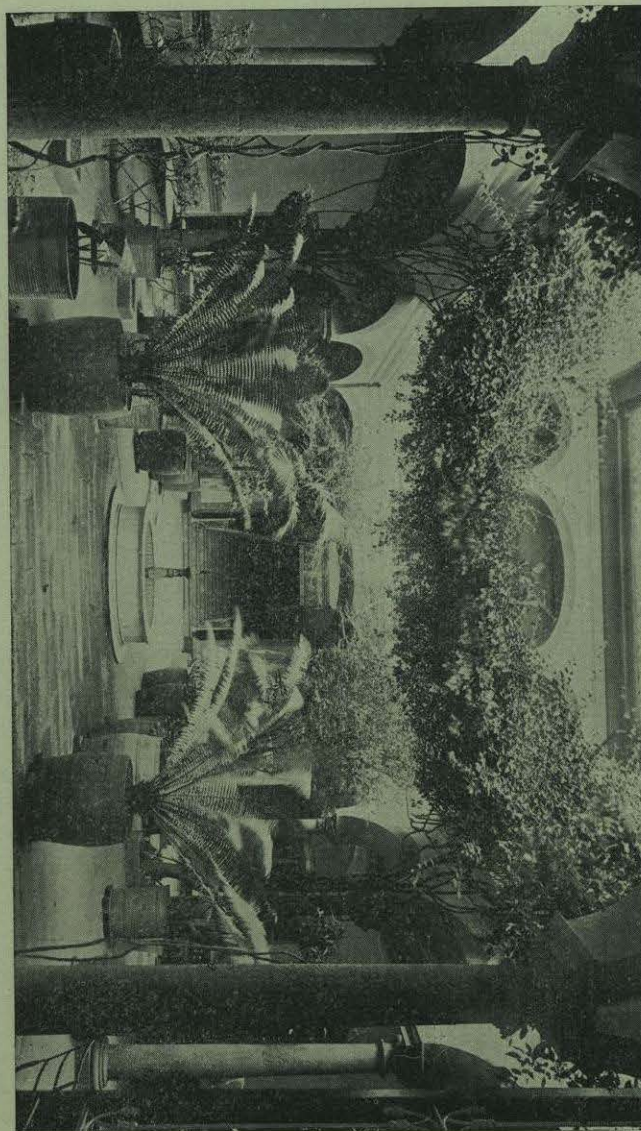
Alvarez. Toda esa línea de defensa hacía frente al camino que debían tomar los franceses para aproximarse á la ciudad, á menos que decidieran hacer un largo rodeo, en cuyo caso hubiera sido perfectamente fácil cambiar la posición de la línea. Esta posición estaba además fortalecida por una batería que dominaba el camino viejo que de Veracruz conducía á Amozoc, donde estaban acampados los franceses, y por el batallón de rifleros montados de San Luis, que estaba estacionado trescientas varas atrás de la ladrillera.

Los fuertes de Guadalupe y Loreto estaban guardados por la artillería al mando del Coronel Rodríguez, mientras que la defensa de la plaza militar tocó al General Escobedo, entonces gobernador de Puebla.

Todo el plan de defensa había sido arreglado bajo la suposición de que los franceses atacarían la ciudad por el lado del Este; pero las tropas se habían dispuesto de tal modo que pudieran ser movilizadas con facilidad de un lado á otro, según las circunstancias lo requirieran.

Era todavía muy temprano cuando el retumbar de los cañones del fuerte de Guadalupe anunció que el enemigo estaba á la vista. Al mismo tiempo los zuavos franceses aparecieron en pelotones en la cumbre y laderas de la montaña de Amaluca, directamente al Este de la fortaleza y atacaron la vanguardia de las fuerzas mexicanas estacionadas en esa vecindad, la cual se replegó en perfecto orden hacia el grueso de las fuerzas.

Media hora después de la aparición de los zuavos en el cerro de Amaluca, el cuerpo de ejército principal de los franceses fué visto del lado Este del monte en el camino de Amozoc, y cuando habían llegado frente á la hacienda de los Llanos, hicieron alto, descansaron armas y se prepararon á almorzar á la vista de la ciudad. Parecía como si quisieran manifestar su desprecio por el ejército mexicano; pero es probable también que se sentían perfectamente seguros de que no serían atacados, sabiendo cuán débil era la



PATIO DEL HOTEL FRANCE, ORIZABA.